

(PRACTICANDO) CATÓLICA

21 de Abril de 2024

El Buen Pastor y el Lobo

Recuerdo muy claramente la primera película que vi durante el embarazo de mi hijo mayor. En esta película, hay una escena en la que un niño es secuestrado y empujado a la parte trasera de una camioneta custodiada por perros feroces. Su madre persiste en intentar liberarlo, incluso cuando los perros la muerden. Sus dientes al descubierto y sus gruñidos no frenan sus esfuerzos en lo más mínimo.

No fue una gran película ni siquiera una escena particularmente buena, pero nunca olvidaré esta escena. Nunca olvidaré a esos perros.

Me acababa de enterar que era madre hacía unos días. La vida que crecía en lo más profundo de mí me parecía tan frágil como un secreto susurrado, pero la amaba poderosamente. Me preocupaba constantemente si el bebé estaba sano y salvo. Me angustiaban las señales, reales o imaginarias, que podrían decirme si el niño del tamaño de una semilla de amapola estaba prosperando o fracasando.

Entendí, por primera vez en mi vida, por qué una mujer atacaría a una jauría de perros de ataque sin dudarlo, no porque deba hacerlo, sino porque tiene que hacerlo.

Ciertamente podría elegir no pelear. Ella podría marcharse. ¿Pero por qué lo haría? Un futuro sin su hijo es mucho más doloroso que cualquier herida física. Puede que tema por su vida, pero teme mucho más una vida sin su hijo.

El discurso del Buen Pastor nos revela la motivación detrás de las acciones de Dios a lo largo de toda la historia de la salvación. Desde Adán hasta Noé y Abraham, hasta el tiempo del Mesías y más allá, Él sigue tratando de recuperarnos. Sigue desafiando a los perros de ataque, una y otra vez. Él nunca se detiene. Él nunca se cansa. Y nos desconcierta: *¿qué gana Él con esto?* Nos preguntamos, porque somos más rápidos que Él para renunciar a nosotros mismos. *¿Por qué sigue intentándolo?*

Podría optar por no pelear, claro. ¿Pero por qué lo haría? No quiere un futuro sin nosotros.

“Yo doy la vida por mis ovejas.” — Juan 10:11